

Interpretaciones

La democratización del bienestar en el peronismo (1945-1955): ¿ruptura o continuidad con el pasado?

*Daniel Schteingart**

En este trabajo se procurará analizar en qué medida las dos primeras presidencias de Juan Perón implicaron una profundización de tendencias de movilidad social ascendente que ya habían existido anteriormente en la sociedad argentina, y en qué grado supusieron una real novedad con el pasado. Esto nos obligará a articular la investigación en torno de dos grandes ejes: en primer lugar, se estudiarán dichas rupturas y continuidades en el plano material -es decir, en lo que atañe a las condiciones objetivas de vida-, para luego complementar el análisis con lo ocurrido en la esfera simbólica -o sea, cómo la experiencia del peronismo alteró las subjetividades de las clases trabajadoras y de los sectores medios y cómo incidió en la constitución de una “memoria histórica” tras el derrocamiento de Perón en 1955-. La hipótesis central de este trabajo es que, en el plano material, el peronismo vino a acelerar y generalizar tendencias a la “democratización del bienestar” que, en algunos aspectos, ya habían existido en la sociedad argentina hasta por lo menos 1930 (por ejemplo, en lo que atañe al mejoramiento del poder adquisitivo de la población, o en lo que respecta a la vivienda, la educación y la salud) pero, a la vez, dicha profundización de las tendencias a la “democratización del bienestar” generó rupturas en el registro de lo simbólico, que dieron lugar a grandes conflictos.

Palabras clave: Peronismo - Democratización - Movilidad social

* Licenciado en Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Actualmente se encuentra realizando, simultáneamente, la maestría en Sociología Económica y el doctorado en Sociología en el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín. Desde abril de 2012 cuenta con una beca interna de doctorado tipo I financiada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) de la Argentina.

Democratization of welfare during Peronism (1945-1955): Rupture or continuity with the past?

The aim of this paper is to analyze to which point Juan Perón's two first presidencies implied a deepening in the trend of upward social mobility (which had already existed previously in Argentine society), and to which degree they imposed a real change in relation to the past. This will lead to an articulation of the investigation around two central concepts: firstly, there will be a study of said interruptions and continuities in the material realm -which is to say, that which regards objective life conditions- to later complement the analysis with the events that took place in the symbolical realm -that is, how the Peronist experience altered the subjectivities of the working classes and middle sectors and how it participated in the constitution of an "historical memory" after Perón's overthrow in 1955-. The central hypothesis of this paper is that, in the material realm, Peronism came to accelerate and generalize trends towards the "democratization of welfare" which, in some aspects, had been present in Argentine society up until at least 1930 (for example, as what concerns the improvement of the people's acquisitive power, or what concerns housing, education and healthcare) but, at the same time, said deepening of the trends towards "democratization of welfare" lead to interruptions in the record of the symbolical realm, which gave leeway to great conflict.

Key words: Peronism - Democratization - Social mobility

Fecha de recepción: mayo de 2013

Fecha de aceptación: noviembre de 2013

Introducción

Existe un consenso historiográfico que, a grandes rasgos, concibe la historia de la sociedad argentina moderna como de “movilidad social ascendente” entre 1880 y mediados de los '70, momento en el cual, por razones en las que dicho consenso se desvanece en una multiplicidad de disensos, se habría dado un proceso inverso de “movilidad social descendente”, que continuó -por lo menos- hasta 2001. No obstante, mientras algunos analistas, en general más afines a la ideología liberal, han tendido a enfatizar la igualdad en las oportunidades creada durante el período 1880-1930 -incluso a veces llegando hasta 1945- (por ejemplo, Cortés Conde, 2007; Rocchi, 2000; Romero, 1994; Germani, 1963, 1987), otros, más cercanos a la heterodoxia e incluso al marxismo, han relativizado los “logros” de esta etapa y realizado muchos de los generados entre 1945 y 1976 (Rapoport, 2007; Adamovsky, 2009; James, 2006).

Si 1945 aparece como un punto de inflexión -sea para la profundización de esa movilidad social ascendente, como sostendría el segundo grupo de observadores citados, o para el comienzo de su lenta decadencia, como afirmarían el primero-, resulta legítimo preguntarnos sobre las rupturas y continuidades que acarrió el peronismo en diversos planos de la existencia social¹. El objetivo de este trabajo, por lo tanto, residirá en analizar en qué medida las dos primeras presidencias de Juan Perón implicaron una profundización de tendencias de movilidad social ascendente que ya habían existido anteriormente, y en qué grado supusieron una real novedad con el pasado. Esto nos obligará a articular este trabajo en torno de dos grandes ejes: en primer lugar, se estudiarán dichas rupturas y continuidades en el plano material -es decir, en lo que atañe a las condiciones objetivas de vida-, para luego complementar el análisis con lo ocurrido en la esfera simbólica -o sea, cómo la experiencia del peronismo alteró las subjetividades de las clases trabajadoras y de los sectores medios y cómo incidió en la constitución de una “memoria histórica” tras el derrocamiento de Perón en 1955-².

La hipótesis central de este trabajo es que, en el plano material, el peronismo vino a acelerar y generalizar tendencias a la “democratización del bienestar” que, en algunos aspectos, ya habían existido en la sociedad argentina desde fines del siglo XIX hasta por lo menos 1930 (por ejemplo, en lo que atañe al mejoramiento del poder adquisitivo de la población, o en lo que respecta a la vivienda, la educación y la salud) pero, a la vez, dicha profundización de las tendencias a la “democratización del bienestar” generó rupturas en el registro de

¹ Si bien ya en 1943, con la llegada del coronel Juan Domingo Perón a la Secretaría de Trabajo y Previsión (STP), empezaron a manifestarse rasgos que marcarían un parteaguas en la historia argentina, hemos considerado 1945 como el año clave, en tanto fue aquí cuando se plasmó públicamente un apoyo popular que tendría hondas consecuencias en el porvenir. En particular, nos referimos a lo que implicó el 17 de octubre de 1945, denominado “Día de la Lealtad” o del nacimiento del peronismo por los propios simpatizantes de Perón. En esa jornada, una gran multitud trabajadora se manifestó en contra de la destitución de Perón y su posterior arresto en la Isla de Martín García, acaecidos el 8 de octubre anterior.

² La separación entre “material-objetivo” y “simbólico-subjetivo” no es de ningún modo ontológica, sino meramente analítica.

lo simbólico, que dieron lugar a grandes conflictos³. En términos del historiador inglés Daniel James, el peronismo tuvo un impacto “herético”, no tanto por su contenido material (en definitiva, no se estaba aboliendo el sistema capitalista de producción), sino representacional: “con Perón éramos machos” dirá uno de los entrevistados por el cientista social anglosajón (James, 2006: 45). Por un lado, el peronismo fue sinónimo del nacimiento de una real autoestima de los trabajadores, que se sintieron protegidos por un Estado que hasta ese entonces les había dado la espalda. La combinación de un mayor orgullo y seguridad del proletariado con la implementación efectiva de reformas económicas que ampliaban sus derechos (aunque sin poner en cuestión el fundamento esencial del sistema capitalista como es la propiedad privada de los medios de producción), fue interpretada por los sectores propietarios como “indisciplina”. Se trataba de una “indisciplina” que excedía lo estrictamente laboral; dicha “indisciplina” implicaba el trastocamiento de un orden de jerarquías que, visto desde la elite propietaria, debía ser inmutable, y en el cual ella aparecía en la parte superior. En sintonía con esto último, la mayor autoestima del trabajador fue de la mano con una revalorización de una cultura popular hasta entonces vilipendiada por la elite liberal-conservadora. El 17 de octubre de 1945 y lo que vino posteriormente, desde los ojos de la elite (y de buena parte de los sectores medios que habían sido inculcados de los ideales de “decencia” impuestos por ella), fue el momento de la “negrada”, del “candombe”, del “aluvión zoológico”, de los “cabecitas negras”, que sin duda venían a perturbar el modelo de ciudadano blanco, europeizado, conformista y “culto” que aquella había imaginado desde mediados del siglo XIX (Adamovsky, 2009).

En pocas palabras, a lo largo de este estudio se procurará relacionar las modificaciones que inauguró el peronismo en la esfera de lo “material-objetivo”, para luego poder analizar cómo se vinculan con el universo de lo “simbólico-subjetivo”.

El trabajo estará estructurado de la siguiente manera: en la primera sección se estudiarán las condiciones de vida de la población argentina en el período preperonista, haciendo especial hincapié en la de los sectores medios y trabajadores. En la segunda, se analizarán las transformaciones introducidas por el peronismo en tales condiciones materiales de existencia. En la tercera, se procurará estudiar por qué las novedades introducidas por el peronismo, si bien tuvieron fuertes continuidades con las tendencias existentes en el pasado, terminaron siendo tan disruptivas. Por último, se presentan las conclusiones.

I. Condiciones de vida en la Argentina preperonista (1880-1945): incipiente vertebración de la democratización del bienestar

Entre 1880 y 1945, la economía argentina, basada sobre la exportación de materias primas a los países centrales -principalmente, Inglaterra-, había sido

³ Valga mencionar que el período 1930-1945 supuso un paréntesis, como veremos, en dicha “democratización del bienestar” acaecida en los decenios anteriores y que no debe ser menospreciado a la hora de comprender el significado del peronismo en la historia argentina.

muy dinámica, sobre todo hasta 1930 (Rocchi, 2000; Cortés Conde, 2007; Bellini y Korol, 2012). La sociedad, por su parte, había sido sumamente móvil, en tanto se encontraba en constitución. Como se puede ver en el **cuadro 1**, tomado de Germani (1963) a partir de sus análisis de los censos nacionales entre 1869 y 1947, si en 1869 tan sólo el 10,6% de la población económicamente activa de la Argentina podía definirse como “clase media” y el 89,4% restante como “popular”, en 1947 las cifras eran del 40,2% y el 59,8% respectivamente. En la definición de clases germaniana -que ha sido hegemónica en la sociología argentina de la segunda mitad del siglo XX, y que ha tenido como principal sucesora a Susana Torrado (1994, 2010)- juega un papel primordial la calificación de la ocupación. De esta manera, serían “sectores medios” todos aquellos que realizan tareas ligadas con el trabajo intelectual, mientras que serían “sectores populares” aquellos vinculados con el trabajo manual⁴. Por su parte, puede notarse que en la conceptualización de Germani no se contabiliza a la clase alta, que es incluida dentro de la clase media.

Caben destacarse dos aspectos de esta movilidad social “ascendente”: en primer lugar, se dio en un contexto de intensa urbanización. Como puede notarse en el **cuadro 1**, mientras que los estratos medios rurales estancan su participación en el total de la población económicamente activa (PEA) a partir de 1895, los medios urbanos siguen creciendo a tasas altas. En buena medida, ello sucedió a expensas de los estratos populares rurales, que pierden casi 20 puntos de participación entre 1869 y 1947, aunque también de los populares urbanos, que lo hacen casi en 10 puntos. En segundo lugar, se dio tanto intra como intergeneracionalmente, aunque más que nada de esta última manera (Germani, 1963). En otras palabras, existió tanto una proporción nada despreciable de individuos que arrancaron su vida laboral trabajando en ocupaciones manuales, pero que a lo largo de su vida pudieron ascender a otras intelectuales (movilidad intrageneracional), como otra -aún mayor- de individuos que provenían de hogares en donde el jefe había trabajado toda su vida en actividades manuales pero que, a través principalmente de la educación, pudieron insertarse en empleos de mayor calificación (movilidad intergeneracional). Vale la pena remarcar que esta movilidad social se dio en mucha mayor medida para los inmigrantes europeos (y sus descendientes) que para los criollos e indígenas (Adamovsky, 2009).

El crecimiento económico durante buena parte del período 1880-1945 (sobre todo hasta 1930), más los avances en materia científico-tecnológica y la reseñada movilidad social, implicaron un mejoramiento en la calidad de vida de buena parte de la población, aunque distribuido desigualmente.

En primer lugar, cabe resaltar las mejoras sanitarias, higiénicas y médicas⁵,

⁴ Adamovsky (2009) critica esta postura, ya que, en su visión, la identidad de clase de los empleados de “cuello blanco” durante el período 1880-1930 -que en la clasificación germaniana pertenecerían a “clase media”- sería obrera.

⁵ A modo de ejemplo, podemos señalar que la modernización agrícola-urbana desde mediados del siglo XIX propició la nutrición, por cambios en las medidas sanitarias de tratamiento del agua y la leche, y también favoreció la construcción de desagües, el uso masivo de insecticidas, antibióticos y programas de erradicación de enfermedades (estos últimos sobre todo en el siglo XX) (Bankirer, 2010).

Cuadro 1. Población económicamente activa (PEA) según estratos socio-ocupacionales. Total del país, 1869-1947

Estratos socio-ocupacionales	Distribución de la PEA (%)			
	1869	1895	1914	1947
Medios urbanos	5,1	14,6	22,2	31,0
Populares urbanos	53,5	46,2	50,0	43,8
Medios rurales	5,5	10,6	8,2	9,2
Populares rurales	35,9	28,6	19,6	16,0
Total	100	100	100	100

Fuente: Germani (1963)

que permitieron la elevación de la esperanza de vida al nacer de 29 años en 1869 a 61,7 años en 1947⁶. No obstante, tales avances no se dieron con una homogeneidad territorial. Por poner un ejemplo, en este último año, la esperanza de vida al nacer en la ciudad de Buenos Aires era de 65 años, mientras que era de 54 en la provincia de Tucumán⁷.

En segunda instancia, la instauración de la escuela primaria pública laica, gratuita y obligatoria a partir de la ley 1420 del año 1884 generalizó el acceso a la educación a la mayoría de la población. De este modo, la tasa neta de escolarización del nivel primario pasó del 20% en 1869 al 73,5% en 1947 y el analfabetismo decreció sistemáticamente del 78% de los habitantes de 14 años y más en 1869 al 14% en 1947 (Veleda, 2010; Braslavsky y Krawczyk, 1998). La matrícula de estudiantes secundarios aumentó a un ritmo promedio y relativamente constante del 3,5% interanual entre 1895 y 1936⁸. Si en el primer año tan sólo el 0,16% de la población concurría a un establecimiento de enseñanza media, en 1936 dicha cifra trepaba al 0,79%. No obstante, en 1947 la tasa neta de escolarización secundaria era aún reducida (10,7%). Por su parte, el ritmo de matriculación universitario subió considerablemente a medida que se adentraba el siglo XX: si entre 1907 y 1917, la tasa interanual promedio de crecimiento de los estudiantes universitarios era del 3,2%, entre 1917 y 1944 ascendió al 4,3%⁹. De este modo, si en 1907 tan sólo el 0,08% de los habitantes en suelo argentino eran universitarios, en 1917 el guarismo había subido al 0,11%, y en 1944 al 0,34 por ciento.

Vale la pena recalcar, además, que la democratización del acceso a la educa-

⁶ Datos tomados de Torrado (2010).

⁷ Los datos son del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos de Argentina (INDEC), Dirección General de Estadísticas y Censos de la Ciudad de Buenos Aires y de la Dirección de Estadísticas de Tucumán.

⁸ Los datos surgen de una estimación propia sobre información de Rapoport (2007).

⁹ Seguramente haya influido la Reforma Universitaria de 1918 en dicho crecimiento. En este año tuvo lugar un movimiento estudiantil, con epicentro en la ciudad de Córdoba, que pretendió -con éxito- una radical transformación del sistema universitario. Entre los principales objetivos de la Reforma de 1918 se pueden mencionar la autonomía universitaria, el cogobierno entre estudiantes y docentes, así como el acceso a los cargos docentes por concurso meritocrático.

ción -sobre todo primaria- fue un fenómeno que se dio con fuertes disparidades regionales. Así, por ejemplo, mientras que, según el censo de 1914 la tasa neta de escolarización del nivel primario era del 72% en la Capital Federal, en la provincia de Formosa era de tan sólo el 31,9% (Braslavsky y Krawczyk, 1998). Estas fuertes heterogeneidades regionales marcaron una tendencia visible hasta nuestros días, en que el analfabetismo, por poner un indicador, es sensiblemente mayor en provincias como Formosa que en la Capital Federal.

En tercer lugar, el crecimiento económico derivó en el acceso gradual a los bienes y servicios y, según algunos analistas, ya a principios del siglo XX era posible discernir una sociedad urbana de consumo, en la cual una fracción considerable de los habitantes estaba integrada (Rocchi, 2000). No obstante, si bien es innegable que el poder de compra de la población se incrementó durante el período, no existe un consenso historiográfico en torno del modo de su distribución entre las distintas fracciones sociales. Mientras algunos autores sostienen que la riqueza generada durante el modelo agroexportador de 1880-1930, más los quince años siguientes, estuvo inequitativamente repartida, profundizando así las desigualdades ya existentes¹⁰, otros han dado a entender que la sociedad argentina en los albores del peronismo (o al menos hasta 1930) era mucho más igualitaria que la de mediados del siglo XIX¹¹.

Lo que sí parece más claro es que los conflictos sociales, existentes con intensidad en buena parte del período, dan cuenta de la pugna, entre distintas fracciones sociales, por la apropiación de una riqueza que crecía a pasos acelerados. Entre aquellos, merecen subrayarse las luchas obreras que, habiendo comenzado a ver la luz a fines del siglo XIX, fueron una moneda corriente durante buena parte de esos 65 años (salvo, quizás, entre 1922 y 1929, cuando quedaron apaciguadas)¹². Los primeros reclamos obreros, del último cuarto del siglo XIX, se centraron sobre la mejora de las condiciones laborales (por ejemplo, en lo que atañe a la reducción de la jornada de trabajo, la prohibición del trabajo infantil, el descanso dominical o la limitación del trabajo femenino) y fueron en general reprimidos por el Estado (Suriano, 1989; Lobato, 2000). Posteriormente, sobre todo a partir de la década de 1910, empezaron a verse reclamos por mejoras salariales y por el acceso a ciertos derechos, como las vacaciones pagas entre otros, que se instrumentaron por primera vez en 1934, para el Sindicato de Comercio (Ballent y Gorelik, 2001).

De todos modos, si bien hacia inicios de los '40 existían formalmente más protecciones a los trabajadores que respecto de cincuenta años atrás, éstas difícilmente se cumplían en la práctica (Horowitz, 2001). Desde principios del siglo XX algunos sectores de la elite gobernante habían comenzado a tener en cuenta la "cuestión social", lo cual suponía no acudir únicamente a la represión para dirimir los conflictos laborales, sino escuchar las protestas obreras y buscarles alguna solución por medios pacíficos (Suriano, 1989; Zimmermann, 1992). Con vistas a tal objetivo, en 1907 se creó el Departamento Nacional de Trabajo (DNT), que tendría la función de regular las disputas entre obreros y patrones.

¹⁰ Al respecto, ver Rapoport (2007) y Adamovsky (2009).

¹¹ Por ejemplo, ver Cortés Conde (2007) y Gutiérrez y Romero (1995).

¹² Según el historiador inglés David Rock (1977), la disminución del conflicto laboral en estos años obedeció a la estabilidad económica, que permitió el crecimiento sostenido de los salarios reales.

Sin embargo, en la antesala del peronismo, la operatividad del DNT era muy reducida, lo cual explica por qué la escueta legislación laboral existente -que también había sido el resultado de un creciente interés por parte de algunos sectores de la clase política por la mejora en la calidad de vida de los obreros- era "letra muerta" (Camarero, 2007).

En suma, más allá de las variadas interpretaciones, pocos podían negar que a principios de los '40 los salarios reales y las condiciones laborales eran, en mayor o menor medida, mejores que las de medio siglo atrás. De todas maneras, el ferviente apoyo popular a Perón probaría que esos avances en el mundo laboral habían sido absolutamente insuficientes si se los compara con los experimentados por la economía en su conjunto y, particularmente, con la peculiar trayectoria de la década de los '30¹³. En otras palabras, durante la mayor parte del período -pero, más puntualmente, en esa última década- el promedio de los trabajadores había sido relegado de la apropiación del crecimiento de una riqueza que, más bien, había tenido como principales usufructuantes a buena parte de los sectores propietarios.

Una cuarta arista del proceso de mejora relativa en la calidad de vida lo constituye la cuestión de la vivienda. Si bien es cierto, como señala Camarero (2007), que los sectores con menores ingresos dentro de la clase trabajadora no habían podido acceder a la vivienda propia hacia fines de los '30, no se puede soslayar que sí lo pudieron hacer los mejores pagos, mudándose así, por ejemplo, de la zona sur de la Capital Federal (La Boca y Barracas) al conurbano bonaerense o, incluso, algunos barrios del oeste de la Capital. Buena parte de los sectores medios también pudieron dejar de ser inquilinos y pasar a ser propietarios durante este período (Gutiérrez y Romero, 1995). Cabe agregar, además, que durante toda esta etapa, la problemática de la vivienda fue deja-

¹³ Durante la década del '30 se dio la conjunción del fraude electoral con estancamiento del salario real. Si en 1940 el PIB argentino era 15% superior al de 1930, los salarios reales se encontraban en el mismo nivel (los datos surgen de elaboración propia sobre Rapoport, 2007; incluso, trabajos como el de Iscaro (1958) documentan que diversas empresas efectuaron reducciones absolutas en las remuneraciones). Ello indicaría, en sintonía con lo que sostiene Camarero (2007), que la distribución del ingreso fue regresiva en esos años, en tanto los frutos del crecimiento económico quedaron en manos de las clases no asalariadas (lo que equivale a decir, básicamente, los patrones). Los datos obtenidos por Alvaredo (2010) validan esta afirmación, al mostrar, a partir del análisis de las declaraciones impositivas, que entre 1933 y 1943 la participación en el ingreso del 1% más rico pasó del 17% al 27%. Desde un enfoque de distribución funcional del ingreso, trabajos como el de CEPAL (1968), Di Tella y Zymelman (1967) y Lindenboim et al (2007) también señalan un retroceso de la participación asalariada en el producto. A pesar de estas investigaciones, Torre y Pastoriza (2002) tienen una visión diferente de lo sucedido en el período. Para ellos, la urbanización es sinónimo de progresividad en la distribución del ingreso, en tanto los empleos en las ciudades están mejor remunerados que los rurales. De esta manera, si en los años '30 se dio un proceso de rápida urbanización por medio de las migraciones internas, se puede concluir que mejoró la distribución del ingreso. Nosotros acordaremos con la idea de los '30 como una década regresiva en términos distributivos. Si bien es cierto que el pasaje de un trabajo manual rural a uno manual urbano implicó, en la mayoría de los casos, un aumento del poder adquisitivo, de ello no se deriva necesariamente una distribución del ingreso más equitativa. Este fenómeno (de alza del salario real para los migrantes en conjunción con una peor distribución) puede darse si los salarios reales (en este caso, de los migrantes internos) crecen menos que la productividad, lo que parece haber ocurrido en la mencionada década.

da en manos del sector privado: recién con el peronismo se daría el reconocimiento político de la necesidad de intervención directa del Estado en la producción y en el mercado de la vivienda masiva (Ballent, 2010).

Por su parte, en quinto lugar, las inversiones en ferrocarriles, que permitieron tender una vasta red ferroviaria desde mediados del siglo XIX (Liernur, 2000), más la aparición del tranvía y el subterráneo en la Ciudad de Buenos Aires poco después de comenzado el siglo XX, y el colectivo (ya en los '30) (Ballent y Gorelik, 2001), favorecieron la reducción de los tiempos dedicados al transporte, lo cual ensancharía las horas disponibles para el ocio que buena parte de la población urbana podría usufructuar (Gutiérrez y Romero, 1995).

En sexto lugar, la reforma política de 1912 -que garantizaría el sufragio universal, obligatorio y secreto masculino, y que llevaría al poder al primer partido moderno de masas de la Argentina, como la Unión Cívica Radical- había, al menos en teoría, ampliado a vastos sectores sociales las posibilidades de participación política, hasta entonces confinada a algunas fracciones de la elite.

En resumen, por las razones mencionadas, durante el período 1880-1945, el bienestar colectivo aumentó, aunque no afectando a todos los grupos sociales por igual ni tampoco con la misma intensidad en las diferentes etapas de dicho período. Mientras que la elite, poseedora de los resortes del poder económico -originalmente, centrados sobre la propiedad de la tierra y luego también en la de diversos sectores de la actividad industrial, comercial o financiera- fue la que más se benefició de este proceso, otros sectores se vieron menos favorecidos, sobre todo entre 1930 y 1943. De este modo, en los prolegómenos del peronismo, una fracción aún mayoritaria de la clase trabajadora argentina poseía un poder adquisitivo modestamente más elevado que el de medio siglo atrás, aún no accedía a la vivienda, no era protegida por el Estado en lo que concierne a la aplicación de las escasas normas que debían garantizarle ciertos derechos laborales, y veía muy lejanos ciertos "gustos" que ya empezaban a ser corrientes en los sectores medios, como las vacaciones. La clase media, por su parte, había aprovechado en mayor medida que la trabajadora -pero con menor intensidad que la elite- los frutos del progreso económico: un porcentaje considerable de ella ya era propietaria de su vivienda y concurría a la escuela secundaria y a la universidad, aumentando así las probabilidades de obtener empleos con mayor calificación¹⁴ y, por consiguiente, mejor remuneración. Por último, el proceso citado se dio con una fuerte heterogeneidad regional: mientras que la región pampeana, con la Ciudad de Buenos Aires a la cabeza, fue la que más atrajo sus beneficios, en buena parte del resto del país (sobre todo las provincias del NOA y del NEA) éstos fueron profundamente más limitados.

¹⁴ Por ejemplo, puestos de trabajo en la administración pública y privada, en el sistema bancario, en la docencia, en las profesiones liberales, o incluso como propietarios de pequeños comercios e industrias.

II. La profundización de la continuidad del peronismo (1945-1955): el registro de lo “material-objetivo”

En esta sección nos focalizaremos en las transformaciones en el plano material que trajo aparejadas el peronismo. En otras palabras, nos centraremos sobre los cambios en las condiciones objetivas de vida de los sectores medios y trabajadores. Se procurará analizar, dentro del descripto marco de “profundización de la democratización del bienestar” del peronismo, en qué áreas existió una aceleración de algunas tendencias ya existentes -laxamente- en la sociedad preperonista, y en cuáles el ritmo de la democratización del bienestar se mantuvo similar. Se tomarán seis dimensiones a comparar entre el período 1880-1945 y 1945-1955: a) movilidad social; b) trabajo, ingresos y consumo; c) educación; d) salud; e) vivienda y f) derechos civiles y políticos.

a) *Movilidad social*

Si adoptamos el mismo enfoque que hemos utilizado para caracterizar la movilidad social en el período preperonista (es decir, en función de la calificación de la fuerza de trabajo) se podrá observar que el ascenso social también continuó durante el peronismo.

En el **cuadro 2** es posible observar las modificaciones en la fuerza de trabajo urbana (a diferencia del **cuadro 1**, aquí se excluye la población rural) entre los censos de 1947 y 1960. Como se puede notar, la tendencia al ensanchamiento de la clase media continuó (creció más de 2 puntos porcentuales), a expensas de una leve retracción de la clase obrera asalariada y de los estratos marginales. Principalmente, lo que explica la ampliación de la clase media asalariada es el subrubro de los empleados administrativos, que da cuenta de un mayor nivel de instrucción de la sociedad (por lo menos, primario completo) (Torrado, 2010).

Sin embargo, si nos atenemos solamente al **cuadro 2**, podríamos sostener que, si bien la movilidad social continuó siendo ascendente durante el período, tendió a estancarse, comparado con el ritmo de los decenios anteriores. La cuestión es que aquí no se está incluyendo la fuerza de trabajo rural. De contemplarla, según Torrado, el análisis sobre la movilidad social nos mostraría que fue aún más ascendente, en tanto buena parte de los migrantes internos alimentaron principalmente la expansión de un estrato obrero asalariado que probablemente tendría mejores condiciones de vida que en sus áreas rurales de origen. Algunos migrantes internos se insertaron también en puestos manuales no calificados y de baja calidad y en el servicio doméstico, lo cual difícilmente podría considerarse como ascenso social pero, a la vez, otra fracción de estos migrantes logró convertirse en pequeña propietaria de la industria y el comercio, lo que sí podría interpretarse como movilidad social ascendente. En suma, según Torrado (2010), el análisis de la trayectoria de los migrantes internos tiende a confirmar que, en el balance global, su inserción en el mercado de trabajo urbano implicó un ascenso social.

De todos modos, la evolución de la estructura ocupacional argentina fue acompañada por un movimiento también ascendente en los ingresos, como se verá a continuación.

Cuadro 2. Fuerza de trabajo urbana: distribución según clases y estratos sociales. Total del país, 1947-1960.

Estratos sociales	1947	1960
Clase alta	0,5	0,6
Clase media autónoma	14,0	14,3
Clase media asalariada	26,6	28,4
Total clase media	40,6	42,7
Clase obrera autónoma	4,6	5,1
Clase obrera asalariada	45,0	43,4
Total clase obrera	49,6	48,5
Estratos marginales	9,3	8,2

Fuente: Torrado (2010).

b) Trabajo, ingresos y consumo

Si existió una esfera sobre la cual el peronismo incrementó más que en ninguna otra las propensiones a la democratización del bienestar, ella fue la del trabajo, el salario y el consumo. Hemos agrupado estos tres conceptos dentro del mismo apartado en tanto están directamente interrelacionados.

Desde la llegada de Perón a la Secretaría de Trabajo y Previsión en 1943 se instrumentaron novedosas normativas tendientes a mejorar las condiciones laborales de los trabajadores, así como a garantizar el cumplimiento efectivo de la legislación ya existente. La batería de medidas tuvo múltiples aristas entre las que se destacan los aumentos salariales por decreto; las fijaciones de salarios mínimos; las indemnizaciones por accidentes de trabajo y por despido sin causa; las homologaciones de centenares de convenios colectivos de trabajo; la creación de Tribunales de Trabajo que pasaron a la órbita pública la resolución de las disputas laborales -aumentando sustancialmente la proporción de los fallos a favor de los trabajadores-; el pago de un decimotercer sueldo al año (aguinaldo); el acotamiento efectivo de la duración de la jornada de trabajo; la ampliación de la cobertura del sistema previsional¹⁵; el fomento desde el Estado a la sindicalización¹⁶; los controles de precios minoristas; la transferencia de ingresos del agro a los sectores urbanos, a través del Instituto para la Promoción del Intercambio (IAPI)¹⁷; los subsidios a los bienes de consumo

¹⁵ Mientras que a principios de los '40 tan sólo el 8,4% de la población económicamente activa (PEA) gozaba de cobertura jubilatoria, en 1946 el porcentaje había trepado al 48% pasando de poco más de 400.000 trabajadores a 2,2 millones y a 4,1 millones en 1951 (datos de Arza, 2010 y Memoria del Ministerio de Trabajo y Previsión, junio de 1946 a diciembre de 1951).

¹⁶ Según James (2006), en 1943 tan sólo el 20% de los obreros estaban sindicalizados, y eran en su mayoría del sector terciario. En 1948, el porcentaje trepó a 30,5%, mientras que en 1954 llegó al 42,5%.

¹⁷ El IAPI, creado en 1946, fue un organismo estatal que centralizó las compras de cereales y oleaginosas a precios fijados por el Estado. De esta manera, se procuraba separar una parte de la

popular, como la carne y los servicios públicos; la universalización de las vacaciones pagas para todos los trabajadores -que, como se ha mencionado, sólo eran un derecho de los empleados de comercio desde 1934-; el pago obligatorio de salarios en días feriados; la instauración de las asignaciones familiares, reguladas por convenio colectivo de trabajo, y la institución del Estatuto del Peón Rural, que se proponía eliminar las relaciones patriarcales entre los patrones y los obreros rurales y reemplazarlas por otras reguladas por los convenios colectivos de trabajo (Torre y Pastoriza, 2002; Andrenacci et al, 2004). De este modo, en términos de Rapoport (2007: 260), “estos beneficios (...) tuvieron un considerable impacto entre los obreros que veían, por primera vez en un breve lapso, cómo muchas reivindicaciones por las que habían luchado durante años comenzaban a efectivizarse”.

Las consecuencias de estas medidas fueron varias. En primer lugar, los salarios reales industriales crecieron alrededor del 53% entre 1943 y 1949¹⁸. A partir de este año, tras la crisis económica marcada, entre otros factores, por el fin de un contexto internacional favorable, el poder adquisitivo de los trabajadores entraría en un sendero de altibajos y, en 1955, sería un 10% inferior al de 1949, pero más de un 40% superior al de 1943. En segunda instancia, el hecho de que los salarios reales subieran por encima de la productividad derivó en un aumento en la participación asalariada en el PIB, que pasó del 37% en 1943 al 50% en 1949 (posteriormente, se quedaría en torno de este guarismo hasta 1954)¹⁹. En tercer lugar, el hecho de que los salarios de los obreros no calificados crecieran más rápido que el de los calificados derivó en una mayor homogeneidad e igualdad distributiva al interior de la clase trabajadora. Como cuarto punto, merece señalarse que la redistribución progresiva del ingreso de los dos gobiernos peronistas -que se dio con mayor intensidad entre 1946 y 1949- combinada con el alza de los salarios reales implicó un fenomenal aumento del ingreso disponible, que se plasmó en un auge del consumo popular en bienes y servicios hasta entonces relegados. De este modo, crecería el gasto en vino, cerveza, indumentaria, artefactos de uso doméstico (heladeras, planchas y calefones eléctricos) y recreación (cine, deportes). Por su parte, la instauración de las vacaciones pagas junto al incremento del ingreso disponible se tradujo en que una fracción considerable de los sectores populares pudiera destinar dos semanas al año en lugares turísticos (Torre y Pastoriza, 2002). En términos de Torre y Pastoriza (2002: 283), “con el peronismo, la prosperidad se democratizó como nunca antes en el pasado”.

c) Educación

En el plano educativo, la democratización del bienestar peronista se dio sobre un campo que ya había experimentado grandes avances en el período anterior, fundamentalmente a partir de la mencionada ley 1.440 de 1884. El analfabetismo continuó su tendencia descendente, pasando del 14% en 1947 al 9% en 1960. Las tasas de matriculación de los tres niveles (primario, secundario y ter-

producción para el consumo interno y otra para la exportación (para una mayor profundización, ver Rapoport, 2007).

¹⁸ Sobre la base de información de Llach y Sánchez (1984).

¹⁹ Datos de Lindenboim et al (2007).

ciario) subieron respecto del período 1940-45, retomando e incluso superando los guarismos del período 1920-40. Por ejemplo, el crecimiento de la tasa de matriculación primaria, que había sido del 2,5% durante 1920-40 y de tan sólo el 0,6% entre 1940 y 1945, llegó al 3% durante 1945-55²⁰. Por su parte, la tasa de matriculación en la enseñanza media alcanzó niveles históricos: entre 1945 y 1955 se incrementó a razón de un 8,7% anual promedio, considerablemente por encima del 6% experimentado entre 1930 y 1945, y del 3,5% de 1895-1930²¹. Según Torre y Pastoriza (2002), este alza en la matriculación secundaria se explica por la incorporación de los hijos de familias de clase media y de los estratos altos de la clase trabajadora. En particular, las ramas de la enseñanza media que más aumentaron su tasa anual acumulativa de matriculación son la comercial y la técnica, reafirmando una tendencia iniciada ya en 1930 y en la cual el impulso industrializador del país tuvo una influencia directa -sobre todo en la enseñanza técnica-. Por su parte, las escuelas normales y los bachilleratos incrementaron su ritmo de matriculación respecto del período 1930-45 (6,8% contra 5,2% y 5,9% contra 4,7% respectivamente), pero en niveles menores a los de las escuelas comerciales y técnicas, pasando así de representar el 65% de la matrícula secundaria en 1930 al 44% en 1955²².

La matrícula terciaria-universitaria también pegó un salto contundente durante el peronismo. Si entre 1917 y 1944 su tasa anual acumulativa de crecimiento había sido del 4,3%, entre 1945 y 1955 se elevaría al 11,3%. De este modo, la población universitaria se triplicaría, pasando de 47 mil a 136 mil alumnos. Si en 1944 el 0,34% de la población era universitaria, en 1955 la cifra alcanzó el 0,80%²³. El extraordinario incremento en la matriculación universitaria se debió a la conjunción de la mejora en la calidad de vida general, provocada por los mejores ingresos y las mayores protecciones laborales, con políticas estatales puntuales como la gratuidad de la enseñanza (hasta entonces arancelada), la creación de la Universidad Tecnológica Nacional (UTN) y la proliferación de institutos (Sigal, 2002; Torre y Pastoriza, 2002).

Cabe mencionar, no obstante, que la política educativa peronista, si bien amplió enormemente el acceso a la educación en los tres niveles, fue muy criticada en tanto implicó, en el nivel primario, la difusión de la ideología peronista a través de los libros de texto y, en el universitario, la persecución y destitución

²⁰ Los datos son de elaboración propia sobre información de Torre y Pastoriza (2002). Cabe resaltar que los guarismos son diferentes a los de estos autores ya que, desde nuestro modo de ver, ellos se equivocan en el cálculo en tanto dividen el aumento de la escolarización por el número de años del período comprendido. En otros términos, por ejemplo, ellos dividen la cantidad de alumnos primarios en 1955 por la cantidad de alumnos primarios en 1951, y vuelven a dividir ese resultado por la cantidad de años comprendida (en este caso, cuatro). El error de esta fórmula es que no se obtiene una tasa anual acumulativa. Para obtenerla, en cambio, se debe elevar el resultado de la división de los alumnos en 1955 y en 1951 a la raíz de la cantidad de años comprendida (en este caso, sería raíz cuarta):

$$\text{Tasa anual acumulativa} = (\text{alumnos año final} / \text{alumnos año inicial})^{1 / (\text{año final} - \text{año inicial})}$$

²¹ Los datos surgen de elaboración propia sobre información de Torre y Pastoriza (2002) y Rapoport (2007).

²² Los datos surgen de Torre y Pastoriza (2002).

²³ Los datos surgen de elaboración propia sobre información de Torre y Pastoriza (2002), Rapoport (2007) y Fernández Lamarra (2002).

a profesores díscolos con el gobierno. En el ámbito universitario, el reemplazo de docentes supuso en muchos casos que los nuevos no tuvieran las competencias necesarias para abordar los contenidos de las asignaturas, disminuyendo así la calidad de la enseñanza (Sigal, 2002).

En líneas generales, la llegada de Perón al poder favoreció el aumento de las tasas de escolarización en los tres niveles, ensanchando así las posibilidades de ascenso social por medio de la educación tanto a alumnos provenientes de clases medias como de las trabajadoras.

d) Salud

La democratización del bienestar también se plasmó en el campo de la salud. En primer lugar, merece destacarse el fenomenal aumento del número de camas por habitante, que prácticamente se duplicó entre 1946 y 1954, pasando de 4 camas cada 1.000 habitantes a 7. Este hecho fue el resultado lógico de las inversiones en la construcción de hospitales y puestos sanitarios. Además, también se incrementó la cantidad de médicos por habitante, que pasó de 1 cada 1.250 habitantes a 1 cada 850 en el mismo período²⁴. Sin embargo, cabe resaltar que dichos avances se dieron con fuertes disparidades regionales, en tanto se concentraron mucho más en Córdoba, Santa Fe y la Capital Federal que en otras provincias (Andrenacci et al, 2004 y Torre y Pastoriza, 2002).

Por su parte, las mejoras en infraestructura fueron algo menos aceleradas. Por ejemplo, entre 1942 y 1955 el número de habitantes con acceso al agua corriente creció de 6,5 millones a 10 millones, mientras que los beneficiarios del sistema cloacal pasaron de 4 a 5 millones²⁵. Según Torre y Pastoriza (2002), esta mayor lentitud de los progresos en este campo se debió a los problemas económicos que afloraron hacia 1949, los cuales limitaron el monto de las inversiones públicas en infraestructura. Por otro lado, comparado con los gobiernos precedentes, el peronista hizo un mayor hincapié en las campañas preventivas y antiepidémicas (por ejemplo, para desterrar del suelo argentino el paludismo, la sífilis o la tuberculosis) así como en la educación sanitaria (se hicieron obligatorios certificados de vacunación para inscribirse en la escuela, hacer trámites administrativos o viajar).

Como resultado de lo anterior, la mortalidad general e infantil cayó (esta última de 80,1 por mil en 1943 a 66,5 en 1953), y la esperanza de vida trepó de 61,7 años a 66,5 entre 1947 y 1953, lo cual supone una aceleración respecto del período 1869-1947. Si en éste, la esperanza de vida, que pasó de 29 a 61,7 años, se incrementó a razón de un 1% anual, en el septenio 1947-1953 lo hizo en un 1,3% anual²⁶. Este indicador también es muy superior al de las décadas

²⁴ Cabe mencionar que el aumento en el número de médicos fue, en parte, el resultado de las graduaciones universitarias de profesionales que habían empezado a estudiar en el período precedente.

²⁵ El criterio para definir si los avances fueron más o menos acelerados es cuantitativo. Si el número de camas por habitante creció a razón del 7,2% anual y el de médicos por habitante en un 4,9%, los de personas con acceso al agua corriente y a servicios cloacales lo hicieron al 3,4% anual y 1,7% respectivamente. Los datos provienen de Torre y Pastoriza (2002).

²⁶ Los datos fueron tomados del Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC), Torrado (2010) y Torre y Pastoriza (2002). Si se desagrega la información disponible sobre los períodos inter-

siguientes, en las que la expectativa de vida creció a razón de un 0,3% anual entre los censos de 1960 y 2001. No obstante, vale mencionar que pese a los grandes logros en esta materia durante el peronismo, la brecha entre las diferentes regiones se mantuvo.

Cabe resaltarse, además, que el ministro de Salud -Ramón Carrillo- intentó llevar adelante una propuesta sumamente innovadora. Su plan -integrado en los objetivos del Primer Plan Quinquenal (1947-1951)- procuraba universalizar la salud pública, creando un sistema unificado que otorgara cuidado médico, curativo, preventivo y asistencia social a toda la población, pretendiendo así disminuir las disparidades regionales y económicas en los indicadores mencionados (Andrenacci et al, 2004). Sin embargo, el proyecto no pudo llevarse a cabo por la presión de diversos sindicatos -en general, los más fuertes-, que abogaron por la difusión de una cobertura de salud en función de la categoría ocupacional del trabajador y su familia. De esta manera, se terminó imponiendo el sistema de las obras sociales, vigente hasta hoy, por el cual los gremios se hacen cargo de la cobertura médica de los trabajadores de sus ramas de actividad. Por otro lado, según Torre y Pastoriza (2002), la Fundación Eva Perón también fue un freno a este plan, en tanto le quitó recursos financieros. Ya en el Segundo Plan Quinquenal, los objetivos de universalización de la salud fueron dejados de lado.

El rol de la Fundación Eva Perón en la democratización del bienestar merece un párrafo aparte. Esta institución, creada en 1948, fue la culminación de un proceso iniciado en 1944 por el cual la asistencia social dejó de estar manejada desde círculos filantrópicos privados para pasar a ser controlada desde el Estado. Así, el Estado adquiriría una preocupación nunca antes vista por la situación de los marginados del sistema, de aquellos que no podían integrarse por la vía laboral y que, por ende, no gozaban de los beneficios de ésta (salarios reales elevados, prestaciones de salud, vacaciones, etc.). En términos de Andrenacci et al (2004) , el Estado no sólo actuó en el centro, a través de la inserción social por medio del mercado laboral, sino en los márgenes. Entre las actividades que realizaba la Fundación se destacan la construcción de hogares para huérfanos, madres solteras y ancianos indigentes, hospitales de niños y policlínicas, comedores escolares, hoteles de turismo, viviendas de bajo costo, escuelas de enfermeras y colonias de vacaciones, así como la entrega de regalos en las navidades y la organización de eventos deportivos.

e) Vivienda

El peronismo profundizó y extendió las tendencias ya existentes previamente por las cuales buena parte de los sectores medios y algunos de los estratos superiores de la clase trabajadora habían podido acceder a la vivienda propia durante el período precedente. Como fue mencionado anteriormente, a mediados de los '30 un porcentaje considerable de la población había podido convertirse en propietaria de su vivienda, pero, como señala Camarero (2007), la gran mayoría de los sectores menos privilegiados al interior de la clase trabajadora

censales, se verá que, previamente, ninguno iguala la marca de los siete años comprendidos entre 1947 y 1953. El crecimiento interanual promedio entre los censos de 1869 y 1895 fue del 1,1%; entre 1895 y 1914, del 1,2%, y entre 1914 y 1947 del 0,8 por ciento.

seguía siendo inquilina y vivía en condiciones poco satisfactorias. Además, el hecho de que una fracción de la clase media y la trabajadora accediese a la vivienda propia no debe entenderse como que la totalidad de ambos sectores lo hiciera.

Como sostiene Ballent (2010), con el peronismo se inició la era del reconocimiento político de la necesidad de la injerencia directa del Estado en la problemática habitacional. Entre 1943 y 1976, más allá de variaciones de programas, formas y montos de inversión, el Estado actuaría de manera intensa en el sector, reconociendo y hasta fomentando la reivindicación política del “derecho a la vivienda”. A la hora de analizar la política de vivienda inaugurada en 1943, no hay que soslayar el fenómeno de la urbanización y los flujos migratorios de las décadas anteriores, en particular la de los '30, que no habían hecho más que consolidar el hacinamiento. Según Torre y Pastoriza (2002), ya desde mediados de ésta la pregunta acerca de cómo lograr condiciones habitacionales dignas había ido ganando lugar en la agenda pública. Veamos, entonces, en qué consistió la política de vivienda inaugurada en 1943 y profundizada a partir de las presidencias de Perón.

En primer lugar, en 1943 el gobierno de facto decretó el congelamiento de los alquileres y la prohibición de los desalojos. Luego, tras la modificación de la carta orgánica del Banco Hipotecario Nacional (BHN) de 1948, se extendió extraordinariamente el crédito subsidiado a la vivienda (Ballent, 2010). Para ello, según Rapoport (2007), fue previamente necesaria la nacionalización del Banco Central de la República Argentina (BCRA), que permitió canalizar el crédito hipotecario al BHN y así facilitar los préstamos y rebajar intereses, redistribuyendo progresivamente el ingreso (Yujnovsky, 2001). Una tercera arista de la política de vivienda inaugurada en 1943 la constituye la sanción de la ley de Propiedad Horizontal de 1948, por la cual se autorizaba la venta de departamentos en edificios (hasta ese entonces, sólo se podía ser dueño de la vivienda colectiva entera²⁷, lo cual obviamente implicaba que sólo fueran propietarios los sectores con elevado poder adquisitivo). No obstante, según Torre y Pastoriza (2002), los frutos de la mencionada ley recién comenzarían a manifestarse con claridad tras la caída de Perón.

La mejora en el poder adquisitivo de los sectores populares, junto con los créditos hipotecarios subsidiados y los loteos económicos de tierras (concentrados fundamentalmente sobre el conurbano bonaerense) fomentaron intensamente la autoconstrucción de la vivienda. Esto fue posible, además, como señala Torres (1993), por la reducción en la jornada laboral, que propició un mayor tiempo disponible para la edificación del hogar propio. De todos modos, cabe mencionarse que esta urbanización sumamente acelerada fue también poco planificada. El Estado, si bien invirtió en infraestructura en las nuevas áreas urbanas, no logró ir a la par del mencionado proceso, lo cual implicó que hacia 1960 tan sólo el 40% de la población del conurbano bonaerense tuviera agua corriente y el 25% acceso al sistema cloacal.

Vale agregar, además, que durante el peronismo el Estado propició la cons-

²⁷ También se podía ser propietario de la vivienda individual. La novedad de la ley de Propiedad Horizontal fue poder fraccionar la propiedad de una vivienda colectiva.

trucción de viviendas sea en urbanizaciones específicamente diseñadas, como Ciudad Evita, o a partir de los monoblocks de cemento del barrio porteño de Matadero. No obstante, del total de unas 300.000 viviendas construidas durante el período²⁸, tan sólo 6.100 correspondieron a estas iniciativas gubernamentales²⁹.

El corolario del mencionado proceso fue el progresivo aumento de la población propietaria: si en 1947, el porcentaje de las viviendas ocupadas por sus dueños era del 27%, en 1960 prepararía al 58%. Sin embargo, cabe mencionar que, según Torre y Pastoriza (2002), los sectores que más se beneficiaron con la política de viviendas peronista fueron los medios. A modo de ejemplo, los empleados públicos y privados (que podrían homologarse dentro de la clase media si seguimos el enfoque germaniano mencionado más arriba, por el cual la calificación laboral es un rasgo central de la pertenencia a un estrato social determinado) recibieron el 77% de los créditos del BHN, mientras que los obreros el 23% restante (Ross, 1993). De todos modos, es innegable que, si bien la democratización del bienestar en el plano de la vivienda no hizo tanto hincapié en la parte inferior de la pirámide social, la política habitacional peronista favoreció la mejora en la calidad de vida de un importante conjunto de ciudadanos.

f) Derechos civiles y políticos

Cuando Perón asumió la presidencia de la Nación en 1946, en la Argentina ya existía el derecho al sufragio universal, obligatorio y secreto masculino desde 1912. Sin embargo, la ruptura del orden constitucional en 1930 y los dieciséis años que le siguieron (en los que se dieron, según los momentos, fraude electoral, proscripción del radicalismo y dictadura militar), dejó como letra muerta la legislación que otorgaba derechos políticos al conjunto de los argentinos varones mayores de edad. En este sentido, la elección que consagró a Perón vencedor en 1946 fue absolutamente transparente, poniendo fin a una etapa en que los derechos políticos eran sistemáticamente vulnerados. Por otra parte, a partir de 1947 se extendió el sufragio a las mujeres y, entre 1951 y 1955, a los habitantes de La Pampa, Chaco, Misiones, Neuquén, Río Negro, Formosa, Chubut y Santa Cruz, hasta entonces vetados de participación política³⁰. Además, otra novedad fue la presencia, por primera vez en la historia argentina, de parlamentarios de origen obrero electos democráticamente. No obstante, el significado de la democracia política con el peronismo adquirió un significado muy especial, teniendo en cuenta la enorme expansión de la democratización del bienestar descripta anteriormente. En otras palabras, para los trabajadores la democracia política adquirió un sentido distinto al estar acompañada de la democracia social y económica (James, 2006). Hasta ese entonces, las invocaciones en pos de los derechos políticos por sí solos aparecían a los ojos de los obreros como un mero formalismo, del cual Perón supo sacar provecho al redefinirlos dentro de un molde de ciudadanía social.

²⁸ Según Rapoport (2007).

²⁹ Según Torre y Pastoriza (2002).

³⁰ Hasta entonces, estas provincias eran "territorios nacionales", en la que sus habitantes carecían de derechos políticos. A partir de entonces, sólo Tierra del Fuego quedaría bajo ese estatus, hasta 1990 (Ruffini, 2005).

Sin embargo, el aumento de la participación política de las masas tuvo una doble cara. Por un lado, el derecho al voto fue acompañado de una recepción, por parte del propio Perón, a los reclamos de los trabajadores. En dicho sentido, se dio una relación entre las masas y el líder mucho más inmediata de lo que había experimentado la historia argentina hasta ese entonces. No obstante, el propio Perón se preocupó especialmente por mantenerlas disciplinadas y subsumidas a su proyecto político (Doyon, 2006). De esta manera, cualquier intento autonomista por parte de la clase trabajadora (que existió entre 1945 y 1947 al interior del Partido Laborista) fue inequívocamente desterrado por Perón, marcando así un límite a la participación política popular. En palabras de James (2006: 59), Perón temía tener que “cabalgar un tigre”, es decir, que un protagonismo político excesivo de las masas diera demasiada luz a demandas que pudieran atentar contra los cimientos más profundos del orden capitalista. De ahí, la ambigüedad del proyecto político peronista: integración y democratización, pero siempre con límites y con un control “desde arriba”.

En el plano de los derechos civiles, como ha sido mencionado anteriormente, el peronismo logró que buena parte de la legislación laboral dejara de ser una cáscara vacía. De este modo, aquello que hasta ese entonces aparecía como una mera formalidad para las clases trabajadoras, ahora tenía un sentido concreto. Sin embargo, en otras esferas el cumplimiento efectivo de los derechos civiles estuvo lejos de ser plena, fundamentalmente en lo que atañe a la libertad de expresión. Durante el peronismo, muchas voces que discrepaban con el gobierno fueron censuradas y castigadas³¹. A modo de ejemplo, merece destacarse la complicada relación entre el gobierno y la prensa disidente, que llevó a una ofensiva del primero sobre la segunda, cuya máxima expresión fue la intervención del antiperonista y conservador diario La Prensa en 1951. Por su parte, los profesores universitarios antiperonistas fueron cesanteados, siendo reemplazados por otros afines, que en buena parte de los casos no contaban con la formación adecuada. Incluso algunos trabajadores que mostraron diferencias con el gobierno, como el caso de Cipriano Reyes -miembro del Partido Laborista-, fueron perseguidos, arrestados y hasta torturados durante esta etapa.

En suma, en materia de derechos políticos también podemos hablar de una democratización del bienestar, en tanto el peronismo no sólo restituyó la legislación de 1912 violentada a partir de 1930, sino que la amplió con la extensión del sufragio a las mujeres y a los habitantes de los hasta entonces “territorios nacionales” (con la excepción de Tierra del Fuego). En el campo de los derechos civiles, por su parte, la experiencia peronista arroja resultados contradictorios. Si, por un lado, buena parte de la legislación protectora de los trabajadores ahora se empezaba a cumplir, por el otro, el autoritarismo del régimen vulneraba algunos derechos básicos como el de la libertad de expresión.

Hasta aquí hemos analizado las transformaciones materialmente tangibles que acarrió el peronismo. Como hemos visto, tanto en el plano de la movilidad social, como en materia salarial, educativa, sanitaria, habitacional o cívico-política, el peronismo contribuyó, con diferentes matices, a una acelerada demo-

³¹ Sigal, “Intelectuales y peronismo” (2002).

cratización de un bienestar que ya había empezado a ser gozado limitadamente por algunas fracciones de las masas durante el período que lo antecedió. Sin embargo, si bien en este registro podemos hablar de una “profundización de la continuidad” entre el período preperonista (sobre todo hasta 1930) y el justicialista, en el plano de lo simbólico se dio una ruptura que marcaría un partaguas en la historia argentina. En la siguiente sección se procurará analizar por qué fue que la mayor velocidad en la democratización del bienestar peronista acarreo, a su vez, el señalado hiato.

III. De la continuidad a la ruptura: el orden de lo simbólico-subjetivo

Hasta ahora, hemos analizado los cambios objetivos que trajo aparejado el peronismo en diversas áreas como la estructura ocupacional, los salarios, el consumo, los ingresos, la salud, la educación, la vivienda o los derechos cívico-políticos, desde una perspectiva más bien cuantitativa, valiéndonos de diversos indicadores (como la matriculación de los tres niveles educativos, la expectativa de vida, la mortalidad infantil, los salarios reales o el número de trabajadores cubiertos por el sistema previsional, entre muchos otros).

Si definimos “democratización del bienestar” como una medida resumen de las variables descriptas en el apartado anterior, podríamos señalar que, en el período preperonista, las tendencias a la democratización del bienestar existieron, pero crecieron lentamente. Asimismo, el período 1930-1943 difícilmente podría ser catalogado como de una mayor democratización del bienestar, como fue visto más arriba. Por su lado, a partir de 1943 y, sobre todo de 1945, la democratización del bienestar se aceleró fuertemente. ¿Por qué, entonces, si los indicadores cuantitativos muestran profundizaciones en sus trayectorias más que rupturas, el peronismo fue tan conflictivo y un hito imborrable en la historia argentina?

Como señala James (2006), las transformaciones que acarreo el peronismo no pueden ser analizadas sólo desde una perspectiva cuantitativa, sino que deben ser complementadas con otras mucho más difícilmente mensurables, de índole cualitativa. Estas dimensiones cualitativas irán de la mano con lo que hemos denominado “el orden de lo simbólico” en el título de esta sección.

La subversión simbólica del peronismo y sus reacciones

Desde la perspectiva de los trabajadores, la década de los '30 había sido de honda frustración y humillación, tanto colectiva como individualmente. Dicho malestar se debía, por ejemplo, a la dureza de las condiciones de trabajo, la disciplina en el proceso laboral, el fraude electoral y al consiguiente sentimiento de impotencia y resignación que ello llevaba consigo (James, 2006). Como hemos mencionado, en el plano objetivo ello estuvo asociado con un estancamiento del salario real junto a una distribución regresiva del ingreso. Con el peronismo, los trabajadores sintieron que esa época llegaba a su fin y que, por lo contrario, ahora sentían orgullo, dignidad y respeto propio (James, 2006; Adamovsky, 2009). El cambio en el rol del Estado en la regulación de los conflictos labora-



Expresidente Juan Domingo Perón

les, al asegurar el cumplimiento de la normativa existente y al crear otra nueva tendiente a ampliar los derechos de los trabajadores, era el sustrato sobre el cual se anclaba la mayor autoestima obrera. En la Introducción de este trabajo hemos citado una expresión que uno de los trabajadores entrevistados por James (2006: 45) había afirmado: “Con Perón éramos machos”. En esa frase se refleja el quiebre en la subjetividad obrera que trajo consigo el peronismo: la sumisión había quedado en el pasado y había sido reemplazada por una activa presencia en la comunidad. En términos de James (2006: 58):

“Para la masa obrera que respaldaba a Perón, las políticas sociales formales y los beneficios económicos eran importantes, pero no agotaban el significado del peronismo. En un sentido más duradero, acaso éste significara para ellas la visión de una sociedad más digna en que se les reconocía un papel vital (...)”

El cambio en el “estado de ánimo” de la clase trabajadora no sólo implicó una mayor autoestima propia, sino que también supuso un cuestionamiento a todo un conjunto de supuestos concernientes a las relaciones sociales, las formas de deferencia y los consensos, en gran medida tácitos, acerca de cuál era “el orden natural de las cosas” y los “límites” acerca de lo que se podía o no se podía discutir y expresar legítimamente. Fue esta “subversión simbólica de los códigos de conducta aceptados” (James, 2006: 49) la que, según James y Adamovsky (2009), da cuenta del impacto herético que acarrió el peronismo. Es aquí donde reside, a nuestro parecer, el por qué de la conflictividad y la relevancia histórica del fenómeno justicialista.

Cabe destacar que antes de 1945 habían existido otros discursos, como el socialismo, el radicalismo, el comunismo y el anarquismo, que habían tenido, en mayor o menor medida, tal componente herético de trastrocamiento del orden simbólico. Sin embargo, la diferencia con el peronismo fue que éste logró darle visibilidad pública desde el Estado (James, 2006).

El nuevo rol que simbólicamente la clase trabajadora pasó a tener con el justicialismo fue interpretado, por las elites, como irreverencia, blasfemia o indisciplina. A modo de ejemplo, la redistribución del espacio público del 17 de octubre de 1945, en el cual las masas se pasearon espontáneamente por el centro de la Capital Federal hasta desembocar en la Plaza de Mayo, fue calificado, tanto por la elite como por buena parte de la clase media, de múltiples maneras: “negrada”, “candombe”, “murga” o “aluvión zoológico”. Sin duda, el nuevo orden simbólico peronista venía a perturbar el papel que la elite y parte de la clase media habían tenido en el período anterior (Adamovsky, 2009). La elite no podía menos que horrorizarse al ver que el modelo de ciudadano ideal que había imaginado desde fines del siglo XIX (“blanco”, “europeo”, “culto”, “disciplinado”, “educado”, “conformista”) estaba siendo subvertido. Según Adamovsky (2009), lo que más molestó a la elite (en su mayoría, propietaria de los medios de producción) no fue tanto el mayor costo económico que implicaban los mayores derechos laborales que ahora debían otorgar a los obreros, sino la sensación de “indisciplina” en el proceso laboral que la protección del Estado garantizaba. Con el peronismo, la elite ya no podría tener el control absoluto del proceso de producción, ni desestimar la normativa laboral vigente, ni podría aprovecharse de obtener rentas por los alquileres de las viviendas, ni podría dar órdenes (muchas de ellas humillantes) sin más a sus súbditos, ni podría tener

la injerencia en el dictado de las políticas públicas de antaño, ni podría monopolizar para sí secciones del espacio público (como la Plaza de Mayo o Mar del Plata).

Por su parte, buena parte de la clase media había sido imbuida de los valores del ciudadano-modelo ideados por la elite. De esta manera, también le generaría rechazo el hecho peronista, a pesar de que desde el punto de vista “material-objetivo” se viera beneficiada con muchas de sus medidas (desde la política de ingresos hasta la de la activa promoción de la salud pública, la eliminación de los aranceles universitarios, la reglamentación del ejercicio de las profesiones liberales -demanda bastante antigua-, la expansión del comercio minorista, las fábricas y los talleres, el acceso a la vivienda o la profundización del proceso de pasaje del arrendamiento a la propiedad rural).

Como señalan Gutiérrez y Romero (1995), ya a mediados de los '30 era posible identificar sectores medios³² que aceptaban el orden existente, a la vez que buscaban reformarlo por vías “civilizadas” y creían en la educación como canal de ascenso social. Además, agrega Adamovsky (2009), los sectores medios habían sido influidos por un ideal racista por el cual lo blanco-europeo era superior a lo criollo-mestizo-indígena-negro. De este modo, no sorprende su aversión al hecho de que las multitudes -muchas de ellas étnicamente no europeas- ahora accedieran a beneficios que hasta entonces habían sido privativos de la elite y de ella misma.

Por lo anterior, relativizamos la explicación que Torre y Pastoriza (2002) dan sobre el por qué de la conflictividad que trajo consigo el justicialismo. Estos autores sugieren que la conflictividad social derivada de las políticas peronistas se debe a un exceso de velocidad que no permitió que las clases medias y altas asimilasen el proceso que estaba en marcha. Si bien puede ser lícito suponer que la aceleración de los cambios en los planos económico, social y político puedan ser poco armoniosos, desde nuestro parecer el enfoque de Torre y Pastoriza minimiza la importancia que asumen las estructuras simbólicas de los distintos estratos sociales. En otras palabras, en el análisis de estos autores no se menciona el señalado impacto “herético” del peronismo, que vino a romper con un orden simbólico en el cual tanto la elite como parte de la clase media se sentían identificados.

La memoria del peronismo

La caída de Perón en 1955 no significó de ninguna manera el fin del peronismo en la Argentina. Por lo contrario, parafraseando a John William Cooke, siguió siendo el “hecho maldito” de la historia argentina³³. Los intentos de desperonización de la sociedad, que llegaron a su máxima intensidad durante el gobierno de facto de Aramburu (1955-1958), fueron un rotundo fracaso, lo cual demuestra que la experiencia vivida durante el peronismo había calado muy profundo en la subjetividad de la clase trabajadora.

³² Los autores los denominan “sectores populares” pero en nuestro modo de ver son homologables en lo que sería “clase media”.

³³ Citado en Jitrik (1984: 193).

El deseo de la elite de retornar a la época dorada pre-peronista y “volver a poner las cosas en su lugar” se revelaría sumamente dificultoso. Recién con el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983), la elite podría acercarse más a ese ideal, en lo que algunos analistas han denominado la “revancha clasista” de la “oligarquía”³⁴. En el período 1955-1973, pese a que el peronismo estuvo proscrito de la escena política argentina, la clase trabajadora siguió siendo un factor clave en la toma de decisiones. Como señala Altamirano (2002: 252), “lo que los peronistas y la mayor parte de sus críticos y opositores compartirán será el juicio de que con Perón -salvador o demagogohabía llegado la hora de las masas trabajadoras: en adelante ya no se podría gobernar ignorándolas”.

La afirmación de Altamirano se vincula directamente con la problemática de la memoria del peronismo. Si existía un consenso entre la mayoría de las fuerzas políticas en que no se podía dejar de lado a las masas a la hora de ejecutar políticas públicas, ello se debía a que la experiencia del peronismo había cambiado irreversiblemente la subjetividad de la clase trabajadora.

Durante los tres años que siguieron al derrocamiento de Perón, el antiperonismo había intentado deshacer aquella seguridad conquistada durante el decenio anterior. Para ello, se centró fundamentalmente sobre dos puntos: el ataque contra los sindicatos (se los intervino para excluir y perseguir a los adeptos al líder depuesto) y la racionalización del trabajo (por medio de la cual se buscaba restituir a los patrones el control del proceso de producción)³⁵. La ofensiva antiperonista provocó reacciones en un sector de la clase trabajadora, que vio cómo se procuraba desmontar el bienestar logrado. La denominada Resistencia Peronista, iniciada en 1955, se explica en esta clave³⁶.

En consecuencia, a partir de 1955, se crearía un mito en torno de Perón y la “época de oro” de sus gobiernos, particularmente entre 1946 y 1949. La memoria, por parte de las clases trabajadoras, del período 1945-1955 se constituiría en un ideal que, más allá de que en términos objetivos la calidad de vida de la población a fines de los ‘60 no fuera peor a la de 1955 (por ejemplo, en 1969 los salarios reales eran un 12% más elevados que los existentes al momento de la caída de Perón)³⁷, tendría profundos efectos en la política argentina posterior.

Por su parte, algunos sectores de la clase media, que habían sido antiperonistas entre 1945 y 1955, comenzaron a resignificar positivamente tal época. Sea por “exhumación de culpas” como por un cambio en el clima de época o en

³⁴ Por ejemplo, Azpiazu, D., Basualdo, E. y Khavisse, M.: *El nuevo poder económico en la Argentina de los años '80*, Buenos Aires: Siglo XXI, 1986.

³⁵ Cabe mencionar que durante la segunda presidencia de Perón (1952-1955) habían existido intentos de racionalizar la producción. A partir de la inestabilidad económica desatada en 1949, con el objetivo de lograr una mayor disciplina laboral, Perón había llamado al Congreso de la Productividad, que terminó realizándose en 1955.

³⁶ La “Resistencia Peronista” fue una reacción por parte de algunos simpatizantes peronistas que se mostraban en profundo descontento ante la situación política, social y económica que había generado la “Revolución Libertadora” de 1955. Entre sus principales actividades contestatarias se incluyen huelgas severas, sabotaje de la producción y desobediencia civil (Rapoport, 2007; James, 2006).

³⁷ Según información de Llach y Sánchez (1984).

las vicisitudes del escenario político y cultural local, a partir de los años '60 y, sobre todo, en la primera mitad de los '70, será posible observar un creciente porcentaje de personas de origen de clase media militando en defensa del peronismo y su legado (Adamovsky, 2009). De hecho, por poner un ejemplo, la organización político-militar "Montoneros", que se consideraba a sí misma continuadora del proyecto justicialista, estuvo integrada mayormente por agentes provenientes de la clase media.

En resumen, la ausencia de Perón generó una memoria histórica -perdurable, en buena medida, hasta hoy- en la que las clases trabajadoras constituyeron un ideal al cual deseaban regresar. Los reclamos obreros que siguieron a 1955 procuraban retornar a ese pasado edénico y perdido del período 1945-1955, en el cual habían llegado a tener un estatus cívico-político como el que nunca habían tenido (ni tendrían) en la historia argentina.

IV. Conclusiones

A lo largo de este trabajo hemos intentado describir, en primer lugar, las transformaciones en el plano "material-objetivo" que implicó el peronismo. Para ello, se comparó la trayectoria de diversos indicadores -en su mayoría cuantitativos- entre el período que precedió al justicialismo (1880-1945) y la década de 1945 y 1955. Como se pudo ver, el peronismo introdujo más un cambio de velocidad que una inversión de signo en una democratización del bienestar que ya había comenzado anteriormente pero que, no obstante, sí había mermado su ritmo entre 1930 y mediados de los '40. En otras palabras, no es que entre 1880 y 1945 las condiciones objetivas de vida de los sectores medios y trabajadores se hubieran deteriorado, y que Perón habría venido a corregir esto. Más bien, durante la etapa preperonista el bienestar de la población mejoró, pero a ritmos mucho más modestos (y menos progresivos) que durante 1945-1955. En este sentido, nos inscribiremos dentro del grupo de quienes consideran que el peronismo implicó un nuevo capítulo de la movilidad ascendente en la Argentina, más que el inicio de su lenta decadencia³⁸.

Luego, la pregunta que nos hemos realizado es por qué la aceleración de la democratización del bienestar fue tan conflictiva. En este punto nos hemos distanciado un tanto de la explicación de Torre y Pastoriza, a quienes hemos tomado como referencia en el análisis de las modificaciones en la calidad de vida. Estos autores han dejado entrever que lo que irritó a los sectores medios y altos fue que, a diferencia de otros países desarrollados, la democratización del bienestar se dio demasiado rápidamente. Como hemos visto, aproximándonos más a James y Adamovsky, si bien es probable que el ritmo de la democratización del bienestar haya influido en la conflictividad política y social, creemos que lo verdaderamente disruptivo del peronismo fue el haber roto, en el plano de lo simbólico, con un *statu quo* con el que tanto la elite como parte de la clase media se sentían a gusto.

Ya nada volvería a ser como antes tras la experiencia peronista de 1945-1955. Luego de 1955, las clases trabajadoras tendrían unas expectativas de bienes-

³⁸ Ver Introducción.

tar social muy diferentes a las de 1940. Ya no se trataba de abogar por mejores condiciones laborales o un modesto aumento salarial, sino por retornar al rol protagónico que habían tenido con el peronismo, tanto desde el punto de vista material como simbólico. En efecto, las condiciones objetivas de vida de los trabajadores no fueron severamente deterioradas entre 1955 y 1976. Si bien es cierto que la participación asalariada en el PIB nunca retornó a los niveles de finales de los '40, también es cierto que el poder adquisitivo siguió incrementándose (aunque a ritmos muy moderados) entre 1955 y 1976, al igual que las posibilidades de acceso a la educación, a la salud o a la vivienda. Sin embargo, lo que sí había cambiado era el lugar simbólico de los trabajadores en la Nación. Un ejemplo de ello lo muestran los diferentes intentos, por parte de los sucesivos gobiernos (sea dictatoriales como el de Aramburu u Onganía o constitucionales como el de Frondizi) por disciplinar a la clase trabajadora y volver a poner el control del proceso de producción en manos de la patronal. De todos modos, en los albores de la dictadura militar más sangrienta de la historia argentina, estas tentativas de restar poder a la clase trabajadora habían fracasado rotundamente. Sólo por medio del terrorismo de Estado fue posible la mencionada “revancha clasista” (Azpiazu et al, 1986) que pondría fin al “populismo económico” inaugurado con Perón (que generaba el caldo de cultivo de la “subversión”³⁹) y que, a los ojos de los procesistas del '76, los diferentes experimentos políticos inaugurados desde 1955 habían sido incapaces de desterrar.

³⁹ El 24 de marzo de 1976 comenzó uno de los períodos más oscuros de la historia argentina: el del autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional”, que duraría hasta el 10 de diciembre de 1983. En los albores de ese golpe de Estado, los niveles de conflictividad política y social en la Argentina habían llegado a niveles muy elevados. Por ese entonces, diversas agrupaciones guerrilleras, entre las que se destacan “Montoneros” y el “Ejército Revolucionario del Pueblo” (ERP), desafiaban abiertamente al *statu quo*. Desde el punto de vista de los militares que tomaron el poder en 1976, estos grupos “subversivos” eran un “cáncer” que ponía en peligro la integridad de la “Nación” argentina, “occidental y cristiana” y, por lo tanto, debían ser exterminados.

Bibliografía

- Adamovsky, E. (2009): *Historia de la clase media argentina*, Buenos Aires: Planeta.
- Altamirano, C. (2002): “Ideologías políticas y debate cívico” en Torre, J. C. (dir.), *Los años peronistas (1943-1955)*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Andrenacci, L., Falappa, F. y Lvovich, D. (2004): “Acerca del Estado de Bienestar en el Peronismo Clásico (1943-1955)” en: Bertranou, J., Palacio, J. y Serrano, G. (comp): *En el país del no me acuerdo (Des)memoria institucional e historia de la política social en la Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.
- Azpiazu, D., Basualdo, E. y Khavisse, M. (1986): *El nuevo poder económico en la Argentina de los años '80*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ballent, A. (2010): “Los nuevos mosaicos: políticas de vivienda y cultura del habitar”, en Torrado, S. (comp.), *El costo social del ajuste*, Buenos Aires: Edhasa.

- Ballent, A. y Gorelik, A. (2001): "País urbano o país rural: La modernización territorial y su crisis" en Cattaruzza, A. *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Bankirer, M. G. (2010): "La dinámica poblacional en tiempos del ajuste: mortalidad y fecundidad", en Torrado, S. (comp.), *El costo social del ajuste*. Buenos Aires: Edhasa.
- Bellini, C. y Korol, J. C. (2012): *Historia económica de la Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Braslavsky, C. y Krawczyk, N. (1988): *La escuela pública*, Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Camarero, H. (2007): "Consideraciones sobre la historia social de la Argentina urbana en las décadas de 1920 y 1930: clase obrera y sectores populares" en *Nuevo Topo, Revista de Historia y pensamiento crítico*, 4, septiembre-octubre.
- CEPAL (1968): "El desarrollo económico y la distribución del ingreso en la Argentina", Nueva York: Naciones Unidas.
- Cortés Conde, R. (2007): *La economía política argentina en el siglo XX*, Buenos Aires: Edhasa.
- Di Tella, G. y Zymelman, M. (1967): *Las etapas del desarrollo económico*, Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Doyon, L. (2006): *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fernández Lamarra, N. (2002): "La educación superior en la Argentina", Buenos Aires, noviembre, disponible en: <http://eco.mdp.edu.ar/cendocu/repositorio/00098.pdf>
- Germani, G. (1963): "Movilidad social en la Argentina", en Lipset, S. M. y Bendix, R., *Movilidad social en la sociedad industrial*, Buenos Aires: EUDEBA.
- Germani, G. (1987): *Estructura social de la Argentina*, Buenos Aires, Ed. Solar.
- Gutiérrez, L. y Romero, L. A. (1995): "Sociedades barriales y bibliotecas populares" en Gutierrez, L. y Romero, L. A., *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Horowitz, J. (2001): "El movimiento obrero" en Cattaruzza, A., *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Iscaro, R. (1958): *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino*, Buenos Aires: Anteo.
- James, D. (2006): *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina (1946-1976)*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Jitrik, N. (1984): *Las armas y las razones. Ensayo sobre el peronismo, el exilio, la literatura*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Liernur, J. F. (2000): "La construcción del país urbano" en Lobato, M. Z. *El progreso, la modernización y sus límites*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Lindenboim, J., Kennedy, D. y Graña, J., (2007): "Distribución funcional del ingreso en la Argentina: 1935-2005", Documentos de Trabajo del CEPED, diciembre.
- Llach, J. y Sánchez, C. (1984): "Los determinantes del salario en la Argentina: un diagnóstico de largo plazo y propuestas políticas", en *Estudios*, Córdoba: Fundación Mediterránea.
- Lobato, M. Z. (2000): "Los trabajadores en la era del progreso" en Lobato, M. Z. (comp.), *El progreso, la modernización y sus límites*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Rapoport, M. (2007): *Historia social, política y económica de la Argentina*, Buenos Aires: Ariel.

- Rocchi, F. (2000): "El péndulo de la riqueza: la economía argentina en el período 1880-1916" en Lobato, M. Z. (comp.), *El progreso, la modernización y sus límites*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Rock, D. (1977): *El radicalismo argentino (1890-1930)*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Ross, P. (1993): "Justicia social: una evaluación de los logros del peronismo clásico", en: *Anuario de IEHS*, vol. VIII, Tandil.
- Ruffini, M. (2005): "Peronismo, territorios nacionales y ciudadanía política. Algunas reflexiones en torno a la provincialización", *Revista Avances del Cesor*, Año V, 5.
- Sigal, S. (2002): "Intelectuales y peronismo", en Torre, J. C. (comp.), *Los años peronistas (1946-1955)*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Suriano, J. (1989): "El Estado argentino frente a los trabajadores urbanos: política social y represión, 1880-1916" en *Anuario*, 14, Rosario.
- Veleda, C. (2010): "Metamorfosis de las desigualdades educativas. Política pública y polarización social", en Torrado, S. (comp.), *El costo social del ajuste*, Buenos Aires: Edhasa.
- Torrado, S. (1994): *Estructura social de la Argentina: 1945-1983*, Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Torrado, S. (2010): "Modelos de acumulación, regímenes de gobierno y estructura social" en Torrado, S., *El costo social del ajuste*, Buenos Aires: Edhasa.
- Torre, J. C. y Pastoriza, E. (2002): "La democratización del bienestar" en Torre, J. C. (comp.), *Los años peronistas (1946-1955)*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Torres, H. (1993): "El mapa social de Buenos Aires (1940-1990)", Secretaría de investigación y posgrado, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires: UBA, serie difusión 3.
- Yujnovsky, O. (2001): "Del conventillo a la villa miseria", en Romero, L. A.: *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Zimmermann, E. (1992): "Los intelectuales, las ciencias sociales y el reformismo liberal: Argentina, 1890-1916" en *Desarrollo Económico*, Vol. 31, 124, enero-marzo.